

PRESENTACIÓN DEL PREGONERO

Sr. Cura Párroco, Sr. Alcalde, Sr. Presidente de Agrupación de Cofradías, Autoridades Civiles y Militares, Hermandades representadas, Hermanos y amigos todos.

Cuando Jesús Palacios, en aquella mañana de finales de junio del pasado año me propuso que fuera su presentador en el Pregón de nuestra Semana Santa del presente año, fue para mí una gran sorpresa, hasta el punto de que en ese instante no tuve posible respuesta en ningún sentido. Pasó un buen rato hasta que pude digerir lo que este hombre tan amablemente me proponía, quizás por la amistad que nos une, y pensé que después de agradecerle esta deferencia, estaba moralmente obligado a corresponderle afirmativamente, porque en honor a la verdad, cada vez que lo había necesitado para que nos hiciera la colaboración literaria que aporta nuestra Hermandad para la confección de la revista anual de Semana Santa, siempre lo había hecho con el mayor agrado, con toda amabilidad y la diligencia necesaria.

Pero yo me pregunto, ¿qué presentación puedo hacer de Jesús Palacios?

¿Qué es lo que yo puedo aportar de este hombre que no se conozca?. Sinceramente creo que casi nada.

Jesús es sobradamente conocido en Ayamonte, aunque natural de Cartaya, trabaja entre nosotros desde hace bastantes años como Administrador y Coordinador de Unidad en los Módulos para Menores, que la Diputación Provincial tiene instalados en el antiguo Hogar Provincial en el barrio de La Villa.

Persona simpática y agradable, de buen carácter, amable y correcto en el trato y siempre dispuesto a complacerte en lo que necesites, dotado de una facilidad asombrosa, lo mismo para la escritura que para la poesía, buen conferenciante y ameno, y extraordinario improvisador.

Como buen cofrade, se que viene todos los años desde su pueblo a presenciar los desfiles procesionales de nuestra Semana Santa, y comentar después, dentro de cualquier estación de penitencia y ante algún que otro medio, las distintas circunstancias que hayan rodeado determinados hechos, que no le han pasado desapercibidos.

Como ya nos ha manifestado en sus anteriores disertaciones, conoce Ayamonte perfectamente, su antigüedad, sus gentes, sus calles, sus plazas, sus distintos lugares con sabor cofrade, donde se coloca con su esposa, a esperar la llegada de algún misterio o de un paso de palio sin olvidar la salida ó entrada de alguna cofradía. Es curioso oírlo comentar cómo va colocada la cera o las flores o cómo llevan los costaleros determinado paso de palio o cómo suena la banda de música detrás de la Virgen.

Yo diría que Jesús tiene repartido su corazón entre su Cartaya natal y nuestro Ayamonte y su Ayamonte de adopción, porque valora y estima nuestra historia, nuestro paisaje, nuestro arte y todo lo que de manera especial tiene nuestra forma de ser y de sentir, y en suma nuestra ciudad. Admira el Barrio de la Villa, la Ribera, nuestros monumentos, los numerosos Templos que poseemos, pero para Jesús hay algo más que tiene un encanto especial, como son los atardeceres de verano cuando el sol en su ocaso, se refleja en las aguas tranquilas de este Guadiana tan nuestro. Quizás todo esto sea lo que forma parte del amor que Jesús siente por nuestro pueblo.

Quiero imaginarme que el pregón de la Semana Santa de este año, va a ser para Jesús un pregón muy especial, porque al aceptar el ofrecimiento que le hizo en su día la Agrupación de Cofradías y el entusiasmo tan desbordante que manifiesta, le va a imprimir al mismo ese carácter tan especial y la calidad literaria que el acto requiere, y estoy seguro que va a ser un buen pregón, porque Jesús, además de saber escribirlo y decirlo extraordinariamente, va a poner su corazón y su sensibilidad para que cale en todos los que lo vamos a oír y que estamos aquí presentes, y por supuesto que no le van a faltar deseos de agradar a esta concurrencia que con toda atención va a estar pendiente de él.

Pienso humildemente que no hace falta decir nada más, sino deseárselo de todo corazón lo mejor, y ofrecerle este lugar para que desde aquí pueda dar comienzo su pregón.

Jesús, termino, así es que ánimo y adelante, que aquí te dejo el atril y el micrófono, aquí te dejo la tribuna de oradores, aquí te dejo tu sitio, porque tú eres el orador, tú eres el conferenciante, tú eres el pregonero, tú eres el verdadero protagonista. Creo que no es necesaria más presentación.

Manuel Fernández López

Jesús Palacios Rodríguez

.

Cruz de Guía

Con la Venia

En el nombre de Dios, el Pregonero quiere llamar a la puerta de tus sentimientos, Ayamonte. Pon en sus manos el martillo de plata de tus más grandes amores y pon en su voz la cadencia de tu fe y de tu compromiso, para que pidiendo la venia ante la que rige los destinos de tu vida, pueda iniciar su estación de penitencia por lo más hondo de tu alma.

¡Con la venia, Señora de las Angustias!

Llena mi corazón de nardos septembrinos, para que puesto ante el atril de las más grandes devociones de tu pueblo y postrándome en tu presencia, alcance de ti la gracia de llevar el corazón de Ayamonte hasta las alturas, donde tu Asunción fue coronada por Dios y por los Angeles.

¡Excelsa Madre y Patrona!

¡Tu que reflejas en tus ojos galeones, esteros y azahares!

¡Tu que recoge en tu regazo el sueño de una resurrección futura!

¡Tu que fuiste elegida por Dios, amada por los hombres y cantada por los ángeles...

Ábrele al Pregonero tu camino de cera y que tu venia sea la venia que le den:

Las piedras ostioneras de la torre que mira a dos orillas

Las palmeras que acarician tu Dogma Inmaculado

La pobreza que se hace amor en Santa Clara

Las cigüeñas y la espadaña franciscana.

Las empedradas calles de la Villa.

El reflejo de cera en Lusitania.

¡Dame la Venia, Madre!

Dame la Venia, Madre, en la Salud azul de Virgen niña.

En la voz de Gabriel cuando te llamo llena de gracia como preludio glorioso de un
Rosario de bendiciones.

En tu Expectación y tu Esperanza como ancla que amarra la fe en las orillas de la
Punta

En la Paz que tanto ansiamos y que huele a las violetas de Sor Angela

En la Amargura como arca que cobija tu pan de Jueves Santo.

En el Socorro que los hornos de cal parieron para quien sube cuesta arriba.

En el Mayor Dolor que descendió a tu nombre de Virgen orante

En la nobleza y el señorío de una Soledad que encierra su clausura entre las
florejillas del pobrecito de Asís.

¡Y en tu Victoria sobre la muerte, porque creíste que tu Hijo, dormido en tu regazo,
resucitaría por el amor que tanto había sembrado. !

¡Y dame la venia, Madre, en el corazón y en lo mas profundo de los amores de tu
pueblo oculto bajo las túnicas cofrades de los que viven el Evangelio a golpes de
costal, de incienso y cirio.

No sé si estoy en septiembre
o estoy en domingo de señas.
¡Dímelo tu, ayamontino,
tu que conoces de cerca
a esa carita de Virgen
con pleamar de mareas!

¡Dímelo tu, ayamontino,
porque la Salud se acerca
mecida por los costeros
entre temblores de cera!

¡Pero el aire huele a nardos
con blancuras nazarenas!

Dímelo tu, ayamontino
que el Lunes Santo se cierra
por cincuenta Avemarías
con su torre por bandera,
bordando en quince misterios
quince plegarias abiertas
y que en los verdes esteros
que dibujan en Canela
barquillas de quillas rotas,
rastros, palangre y pateras,
hay un ancla que en la orilla
abre su Esperanza plena.

¡Pero el aire huele a nardos
con blancuras nazarenas!

¡Dímelo tu, ayamontino!
que ya se siente y se besa
el vuelo de una paloma
que entre sus alas encierra
la Paz de esteras de esparto
con amores de pobreza,
y por sus doce varales,
mástiles de plata y vela
doce arcángeles coronan

con caridad, su realeza,
bajo el pórtico de gloria
que es la esquina de la Peña.

¡Pero el aire huele a nardos
con blancuras nazarenas!

Dímelo tu, ayamontino.
tu que en la Villa te encierras
en el sagrario de plata
de una Amargura que reza,
cuando por San Mateo baja
y en San Mateo se refleja
sus bambalinas azules
poco antes que anochezcan.

¿No ves que hasta el Pilar tiene
el agua más clara y fresca,
un angelito de plata
lleva vara de Alcaldesa
y el aire esta oliendo a nardos
con blancuras nazarenas?

¡Dímelo tu, ayamontino!
Si estoy soñando o se acercan,
no campanas que proclaman
una función mañanera,
sino corona de espinas
por la dolorida cuesta
y en las entrañas del alma
dos campanadas resuenan,
para que salga a la calle
en un silencio de horquetas,
la que es madre del que sufre,
Socorro de gracia llena,
honor de mi barrio blanco,
villorra de cales nuevas,
virgen del sollozo ronco
cuando la ahoga la pena.

¡Pero el aire sigue oliendo
a nardos de flores nuevas!

Y un Mayor Dolor se acuna
entre un rumor de palmeras,
meciéndola el Guadiana
sobre costales de arena,
de espumas de orillas grandes
y cristalina pureza.

¡ Dímelo tu, ayamontino!
porque veo en la plazoleta
a una niña franciscana
coronada en su tristeza
por arriates sembrados
de jazmines y de adelfas.
¡Ay, Soledad! ¡Quien pudiera
ser candelabro de cola
que ilumine tu nobleza,
blonda que enmarque tu cara,
niña de clausura y reja,
el pañuelo de tus manos
para sentirte mas cerca!

¡Dímelo tu, ayamontino!
si siento que se desvela
las tinieblas de una noche
y un manto blanco se eleva
como alas de serafines,
diciendo que no esta muerta
la vida, porque la vida
es su Victoria mas llena.

¡Dímelo tu, ayamontino!
Tu que la miras tan cerca
cuando en su barca de plata
y en septembrina marea
se hace Salud de los pobres
Dominica y Rosariera,
Esperanza de aires verdes,
Paz de paloma y de espera.
Sagrario de la Amargura,
Socorro de Salve y pena,

Mayor Dolor de tu historia,
Soledad de quien recrea
una mañana que clama
su Victoria y su grandeza.

¡Dímelo, Tu, ayamontino!
¡Tu que la miras tan cerca!
¡Dime si estoy en Septiembre
o estoy en Domingo de Señas
y pon tu vara de nardos
ante su trono de Reina!

Primer Tramo

Protestación de fe

Mi muy querida, Noble y Leal ciudad de Ayamonte.

El Pregonero quiere enarbolar sus gallardetes de agradecimiento y desde la torre mal alta de la Villa elevar, en esta mañana gloriosa de Domingo de Señas, su oración mas sentida por:

La Iglesia de Ayamonte, renovando ante ella su compromiso de obediencia y de servicio.

Por su Excelentísimo Ayuntamiento, faro y vigía del progreso y del futuro.

Por la Unión de Hermandades y Cofradías, cauce de amor por el que discurren los tramos de su Semana Grande.

Y por todos y cada uno de los que hoy han querido, con el Pregonero, entonar un salmo de bendición y de alabanza a Dios Nuestro Señor y a Santa María, su Madre.

¡Que la Virgen del Socorro escriba vuestros nombres bajo su manto azul de tantas madrugadas!

Gracias, Manolo, por ser el pórtico de mi canto y de mi palabra. ¡Que tu Cristo de Pasión sepa pagarte tanta generosidad y servicio!

.....

¡Empuña la insignia del nardo blanco de tu fe!

¡Viste tu cuerpo con la túnica de la caridad!

¡Rinde tu corazón ante el altar sagrado de tus más grandes amores!

¡Deja que el incienso envuelva el aire!

¡Acaricia los compases cadentes de Amarguras!

Para que poniendo tus manos sobre el Libro de Reglas que atesora tu condición de cofrade, jure y proteste tu fe en Jesucristo, ante el arca de amor que repujo de plata la cal de la Villa y proclamar las verdades de Cristo y de su Iglesia, como insignia de fidelidad que precede el tramo de nuestra vida cofrade.

El Pregonero, en nombre de la Iglesia cofrade de Ayamonte y recogiendo en sus sentimientos el ayamontinismo militante y comprometido por el Evangelio de Jesucristo, manifiesta que:

Cree en ti, Dios, que calzando alpargatas y bajo las trabajaderas de la vida llevas el dolor de los hombres.

Proclama que con tu poder, Señor, abriste el cauce fértil del Guadiana, echaste al vuelo las cigüeñas peregrinas de la Torre del Salvador, creaste las orillas eternas de San Bruno, pintaste de verde los esteros y las huertas y elevaste la luz por las cuestas arriba de los barrios altos.

Manifiesta que Tu, Jesucristo, eres el hijo de Dios vivo y verdadero que extendió sus brazos en la Cruz como prueba del Amor más infinito

Que murió la Buena Muerte de los justos en la pequeñez de un Cristo roto al que cobija la torre mercedaria en los atardeceres del Lunes Santo.

Que abrió su costado de generosidad manando el Agua viva que, haciéndose río, torrente y manantial inundo los caños de San Francisco para convertirse en la nueva Siloe donde lavamos nuestra debilidad de cofrades.

Y que cuando ya todo estaba consumado, entre los muros de un viejo convento donde aun se escucha el eco de los maitines, levanta su Verdadera Cruz como testimonio de que nunca hubo amor que amara tanto.

El Pregonero **Anuncia** que Tu naciste, Cristo de la verdad y del Evangelio, de Santa María Virgen. Niña Inmaculada que soñando con palmeras y plaza,

amanece cada día en el celeste mirador de la Laguna, como Dogma que tanto ama la Iglesia.

¡Santa María ¡ Virgen en tu Asunción gloriosa hasta los cielos de Punta Bandera
sobre los cuatro zancos que defienden tus misterios.

Virgen de los Favores y del Carmen, Milagrosa y de la Salud de Sor Angela, del
Perpetuo Socorro y de la Merced, de la Esperanza de San Antonio, de los
Desamparados del Asilo y del Rocío en simpecado por caminos de arenas y
pinares.

Testimonia que Tu, Cristo de los pobres y de los desarraigados, padeciste bajo el
poder de Poncio Pilato, apresándote en la noche eucarística del Jueves Santo,
cuando un Angelito te daba a beber el Cáliz de tu entrega.

Que tus manos fueron atadas y Cautivas en la estrechez blanquecina de Felipe
Hidalgo, cuando las ultimas chicotas van recogiendo las pisadas de tus promesas.

Que te cargaron con la cruz del abandono y del desprecio para que tu Pasión fuera
aun más grande y recorriendo las calles de la Ribera y de la Villa, Ayamonte
tuviera dos miradas de Padre Jesús, como espejo de perdón y de misericordia.

Y que Caistes bajo su peso, cuando en la subida de la Barranca, las Hijas de
Madre Angelita corrieron a tu encuentro para lavar tu sangre con los jazmines que
su caridad recogieron en los muros centenarios del viejo convento de Clarisas.

Predica que fuiste crucificado, muerto y sepultado en la Soledad y el Mayor Dolor
de dos urnas de Santo Entierro, que testimonian por los siglos de los siglos el
privilegio que tiene Ayamonte de contemplar dos veces tu buena muerte, poniendo
de manifiesto tu sangre derramada y tu esperanza viva en la cera roja y verde que
iluminan tus tramos.

Que descendiste a los infiernos de la destrucción del hombre, de los valores
pisoteados, de la insolidaridad, de la droga, de la intolerancia, del desamor...para
lavar con tu sangre de cordero
inocente el pecado del hombre, al igual que en las madrugadas dolientes tu sangre
bendita de Padre Jesús lava el olvido de amor de tus cofrades.

Que resucitaste al tercer día en el cirio pascual que divisa el lucero de la mañana,
en el agua recién nacida de un nuevo Guadiana y en la torre centenaria de las
Angustias, cuando las túnicas de tus cofrades ya han sido blanqueadas en el
amanecer de un manto de victoria, para volver al terminar

de los tiempos, sin cruces y sin llagas, con tus manos abiertas y libres, para liberar
contigo a tantas víctimas de nuestra propia injusticia y egoísmo.

Que derramaste el Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente, Dios consolador y gracia en el camino, al igual que lo enviaste sobre el Cristo del Angelito para que su agonía en Getsemani fuera mensaje vivo de su misión salvadora.

Y Cree y en su fe da Testimonio de su fidelidad a la Iglesia de los Apóstoles, como cirial de plata que precede el encuentro con la misericordia de Jesús de la Pasión.

Que hay un solo bautismo, con el agua que mana del Cristo de las Aguas, para poder mirar de frente el perdón que derrama su Verdadera Cruz.

Y Espera resucitar en un amanecer de aleluyas y campanas para poder vivir contigo, Cristo de la Resurrección, en la Cofradía eterna de los cielos con la venia cedida por tu misericordia de Padre.

Esta es mi fe, esta es la fe de la Iglesia, esta es la fe cofrade de Ayamonte. De ella doy testimonio y a ella me someto para mayor gloria de Padre Jesús, Villorro bendito y faro de de los que tanto le amamos

Que Ayamonte se enamora
del incienso y de la cera
y al compás de un tramo espera
que nazca la nueva aurora.

El azahar hace cola
para llegar a sus plantas,
una Cruz de Guía levanta
dos faroles que iluminan.
Ayamonte en sus esquinas
se hace Jerusalén Santa.

Se hace Jerusalén santa
y en su blancor delimita
un Cristo con su mulita
que por las Angustias baja.
Cantos de gloria y de hosannas
van presagiando el dolor,
por Padre Aine el candor

no adivina que en la tarde,
cuatro blandones se abren
por su Cristo del Amor.

Por su Cristo del Amor
que en la Merced se hace inerte
y bebe en su Buena Muerte
los sorbos de su pasión.
Se desangra el corazón
al ver atadas sus manos.
Cristo Cautivo y hermano,
eres faro y luminaria
de la torre mercedaria
por la Calle Jovellanos.

Por la calle Jovellanos
Que se hace río en la Barranca
Y en san Francisco se enmarca
Manando de su costado.
Para lavar el pecado
rompe su carne sagrada
y una llaga consagrada
le da el perdón a Longinos
abriendo un nuevo camino
con su Sagrada Lanzada

Con su Sagrada Lanzada
que fue Pasión costalera,
navegando sin fronteras
y encallando en Lusitania.
Por Hermana Amparo clama
de su Pasión la cadencia.
Pasión de Dios, su sentencia
va devolviendo la vida
cuando va por la Avenida
en un seguir de promesas.

En un seguir de promesas
que hace de la Villa un grito
cuando vuela el Angelito

y hay un pan sobre la mesa.
Llora un clamor que confiesa
mi falta de fe, no veo
que sé esta cayendo un reo
al que escoltan dos sayones

y sangran a borbotones
Las piedras de San Mateo.

Las piedras de San Mateo
que se tornan de Amargura
cuando en la noche mas dura
va Cristo y su Cirineo.
En su mirar de Zaqueo
Ayamonte se arrodilla,
en su fe clara y sencilla,
porque baja a la Ribera
esa bendita madera
que es el Señor de la Villa.

¡Dime, Señor de la Villa!
¿Dime si el mismo eres tu
Cristo de la Vera Cruz
cuándo la noche se humilla?
Con tu muerte sin mancilla,
siembra amor en mi besana
y el silencio se desgrana
sobre su monte de lirios,
para cumplir su martirio
a orillas del Guadiana.

A orillas del Guadiana
cuando la noche es lamento
y empieza un descendimiento
bajo un doblar de campanas.
La noche entera se inflama
de una luna que al besarte,
con ni siquiera rozarte
se hace mas clara y serena.
¡Dios mío, con cuanta pena
va llorando el baluarte!

Va llorando el baluarte
con un dolor que, tan cierto,
al ver el sepulcro abierto
vuelve de nuevo a soñarte.
Ya no me cabe el llorarte,

tu salvación se ha colmado,
Mi túnica se ha lavado
en tu sangre derramada
¡Y ya no le temo a nada
mi Cristo Resucitado!

¡Ya llega el tiempo esperado!
¡Ya se cuelgan bambalinas!
Y es Ayamonte la cima
de un Jerusalén sagrado.
Ya Cristo viene a tu lado,
ya se acerca tu consuelo,
¡vístete del terciopelo
del manto de tus amores
que Ayamonte en sus dolores
empieza a subir al cielo!

Senatus

*El Amor se abrió en tus brazos y las piedras
ostioneras entonaron hosannas de alabanzas”*

Salud de los enfermos.

Cuenta la leyenda que todos los cofrades tienen tras ellos otro viejo cofrade que, convertido en Angel por la misericordia de Dios, les lleva en su caminar penitente tras los benditos Titulares de sus cofradías. Ese viejo cofrade, con sus pies gastados por tantas estaciones de penitencia, llevo al Pregonero hasta una mañana donde las túnicas blancas le acercan al tesoro mas grande del amor de Dios: la Vida.

La vida que nace incansable en las palmas que airean manos blancas que visten por primera vez la túnica nazarena y que sin saberlo, comienzan el caminar cofrade por estas Reglas no escritas, que se van formando a golpes de corazón y de sentimientos.

¡Cristo vive en la mañana de Ramos! Y vive en ese corazón de niño que estrena su bautismo en la fe penitente de Ayamonte!

¡Cristo vive cuando la Inmaculada de la Laguna dedica su sonrisa limpia a los nazarenitos que empuñan en sus manos la palma de la bendición!

¡Cristo vive en los primeros costales, en el primer ceñir de la faja, en las primeras medallas sobre el pecho y en el gozo de siete días que comienzan para que Ayamonte recorra las aristas del cielo y sienta por sus calles y sus esquinas la presencia amorosa de Dios!

Y vive sobre la humildad de una mulita cuando bajando la rampa de las Angustias, confirma que solamente los que son como niños entraran en el Reino de los Cielos.

Los ángeles mañaneros, aquellos que solamente ven el corazón de un niño, bajan con Sor Angela hasta el Convento y cortando ramos de los jardines de sus patios, salen al encuentro del Señor de la Mulita para proclamarle el bendito de Dios.

La Superiora, en su quehacer de regaderas y plantones, nota extraña a las macetas. No se lo explica. Sor Angela, desde el cielo, sonrío.

Y Cristo, en esa mañana de Ramos, cuando la luz de la nueva primavera se adormece por las azoteas y miradores, recoge sobre el canasto dorado de su paso a esa legión de niños que llegaron hasta su presencia porque solo conocieron la palma del hambre, el olivo de las desigualdades, el cirio de la injusticia social, la insignia de la marginación. Niños que no cantaron el hosanna porque nuestro egoísmo de cristianos no comprometidos acallaron su canto; niños que no vistieron la túnica blanca porque fueron cargados con el fusil o con la pala de las minas.

Y Dios, el Dios humilde de la mulita, nos pide, cofrades de Ayamonte, nuestro compromiso social y nuestra caridad, para que en nuestro corazón amanezca cada día un nuevo Domingo de Ramos.

¡Que mañana mas soñada!
Y Ayamonte resucita
su fe, con una mulita
por sus esquinas saladas.
Cien túnicas blanqueadas
con una palma en la mano,
siguen a mi Dios cercano,
al que le pido de frente
que me deje vivir siempre
en su Domingo de Ramos.

En su Domingo de Ramos
con estrenos de tribuna.
Van naciendo de una en una
flores de la primavera
y se escucha en la Ribera
una marcha en la Laguna.
¡Que como tu no hay ninguna
cuando explicas el deseo,
Ayamonte, no hay rodeo
para doblar la rodilla
que ya están puestas las sillas
bajo el cielo del Paseo!

La Luz de la mañana ha dejado caer el crepúsculo de la tarde como ángel exterminador que tiñe de rojo las pleamares. La Luz ha dejado paso a las sombras de la noche.

¡No tengáis miedo, Cofrades de Ayamonte ! ¡Ayamonte esta sellada con la sangre del Amor de Cristo en todas sus puertas y sus esquinas, sus callejas y sus cuestras, sus azoteas y sus miradores, y esta sellada porque en la tarde de Ramos sale al encuentro de su Cristo del Amor, entre el crujir de la caoba y el chisporroteo de los hachones.

El Pregonero os quiere llevar, Cofrades de Ayamonte, a las primeras chicotás largas, a los primeros olores de incienso, a los primeros tramos por la plaza del Rosario, a los primeros pentagramas, a las primeras promesas y os quiere llevar desde el Amor y con el Amor de Dios.

¡Que nombre mas grande para el primer Cristo que bendice a Ayamonte! ¡ Por el Amor y solamente por el Amor seremos justificados ante El! Y El lo predica desde la Cruz. Y lo predica maltrecho, roto, sin figura humana, pero con los brazos abiertos en esa redención que derrama sobre su Calvario de lirios.

¡Venid a mí ¡, dice el Cristo del Amor en esa tarde. Venid a mí los pobres y los sencillos, los destruidos y los abandonados por todos, los inmigrantes y los desarraigados, los que vivid hundidos por la droga, los que vendéis vuestro cuerpo por monedas de desesperanza.

Y el corazón del Cristo del Amor, al revirar en las primeras chicotás la calle de las Angustias, se va rompiendo en pedazos de misericordia, para todos aquellos que despreciados por el mundo completan con sus dolores su Pasión Redentora

¡Dime, Cristo del Amor!
¿Por qué nos amaste tanto
que las Angustias fue llanto
del canto de tu dolor?

La madera cruje al son

de una nueva primavera
Y cuatro hachones de cera
son testigos de tu pena
mientras el aire se llena
de tu amor por la Ribera.

¡Dime, Cristo del Amor!
¿Sí entre tus brazos benditos
cabe el dolor infinito
del llanto del pecador?

Tus lirios son el candor
de una fe clara y sencilla,
desde el blancor de la Villa
todo tu Amor se adivina
cuando revira una esquina
la izquierda de tu cuadrilla.

¡Dime, Cristo del Amor,
¡Hijo de Dios verdadero!
¿Dime si eres el sendero
que anhela mi corazón?
Amor de Dios, tu pasión
todo tu amor la levanta.
Nada me turba y me espanta
cuando estoy en tu presencia
¡Que eres la divina esencia
que abre la Semana Santa!

Y el rojizo crepúsculo de la tarde deja entrever claros azules en el cielo para pintar
de color de Inmaculada los tramos de la Virgen de la Salud!

Te adivino, Virgen de la Salud, en aquella mañana nazarena cuando el Angel te
dijo que estabas llena de la gracia. En esos momentos te hiciste virgen de la
entrega y de la confianza.

Te adivino, Madre, en las Bodas de Canaan, diciéndole tímida al Señor de la Mulita
de que no tenían vino. Allí fuiste la madre mediadora de la gracia.

Y te adivino, Madre, al pie del Cristo del Amor, con tu carita de niña ahogada por la
pena. Allí fuiste la virgen corredentora de nuestra Redención.

¡Has ido dejando, Madre, Salud por donde pasa! Y por donde pasas, Madre,
siempre ha caído un pedazo de cielo hasta la tierra.

Porque en la tarde del Domingo de Ramos, cuando ese palio azul y plata cruza el
dintel de las Angustias, un pedazo de cielo baja hasta Ayamonte y ya no se ven
varales, sino arcángeles sosteniendo su entrega a Dios; y ya no se ve palio, sino
un manto de nubes donde los angelitos recién nacidos le desojan canastilla de
jazmines y la luz de la calle San Antonio se hace candelería y el alto del Gurugú

su peana y las lilas del Paseito las flores de sus jarras repujadas y el corazón de Ayamonte su llamador de plata.

¡Quién no ha pronunciado tu nombre, Virgen de la Salud, con la voz entrecortada por el miedo y la duda!

¡Quién no ha pronunciado tu nombre con los ojos llenos de lagrimas!

¡Que tengo a mi hijo enfermo, Madre y los médicos no me dan esperanza!

¡Que mi marido, Madre, cada día tiene menos fuerza y tengo cuatro hijos!

¡Que me tiene que operar, Madre, y que va a ser de mi familia si me llevas contigo!

El Pregonero quiere confesaros que al escribir estas líneas, varias veces tuvo que dejar de hacerlo porque los ojos se le llenaban de lagrimas al recordar el día que fue a su capilla a pedirle encarecidamente la salud para un ser querido.

No le dio la salud de su cuerpo, no entraba dentro de los planes de Dios. Pero le dio la salud de aceptar la voluntad del Padre y salid, serena y con una paz inmensa al encuentro de la Resurrección.

¡Virgen bendita de la Salud, bendita por los siglos de los siglos para tantos ayamontinos que han descargado en ti el dolor de su vida!

¡De cuantas lagrimas sabes, Madre, cuando recoges por San Diego las ultimas chicotás de la noche! ¡De cuantas desesperanzas, cuando el agua de la fuente de

la Coronación se queda quieta en tu presencia! ¡De cuanta enfermedad, cuando la estrechez de la Calle Huelva va recogiendo el terciopelo de tu manto!

Y tu siempre escuchando, atendiendo, concediendo a unos la salud del cuerpo y a otros, la verdadera salud del cristiano, la de aceptar la voluntad de Dios y completar con sus sufrimientos la Pasión de Cristo.

Y el Domingo de Ramos, cuando tu palio azul recrea tu carita de niña por la Calle Real, Ayamonte te demuestra su agradecimiento, caminando penitente tras tu paso, como los enfermos de Judea caminaban tras los pasos de Cristo. Porque Cristo es la verdadera Salud y en ella se consagra tu nombre.

¡Los primeros tramos, las primeras insignias, las primeras marchas, el primer racheo, los primeros capataces, y el primer Amor de Dios y la primera Salud derramada por las manos de su Madre.

¡Necesita algo más Ayamonte para subir hasta el cielo!

¿Quién fue dejando a su paso
Todo un rumor de azahares?
¿Quién dejó un rayo de luz
Entre sus doce varales?
¿Qué Avemaría de costales,
se hizo altar en tu quimera?
¿Quién derramo, mensajeras
palomas con sus dos manos?
¡Si hoy es Domingo de Ramos,
seguro que paso Ella!

¿Quién fue sembrando primores
al pasar por la Laguna?
¿Qué palio de azul y plata
hizo mas clara la luna?
¿Quién bendijo de una en una
las tardes de primavera?
¿Quién fue de Dios la primera
que abrió tan azules tramos?
¡Si hoy es Domingo de Ramos
seguro que paso Ella!

¿Quién hizo brotar la gloria
con la Salud mas hermosa?
¿De los patios del Convento
quién fue cortando las rosas?
¿Quien bordo tan primorosa
en el cielo las estrellas?
¿Quién fue la cara más bella
sobre cuadrilla de hermanos?
¡Si hoy es Domingo de Ramos
seguro que paso Ella!

¡Seguro que paso Ella,
ya no lo dudes, hermano.
Si hoy es Domingo de Ramos
y hay un reguero de luz.

¡Seguro que paso Ella!
¡La Virgen de la Salud!

Segundo Tramo

En la torre mercedaria se glorifica tu muerte.

Reina del Santo Rosario.

Aquel viejo cofrade, mi ángel de la guarda semanatero, me llevo en la tarde del Lunes Santo hasta los muros del viejo convento de los frailes de la Merced.

Nazarenos blanquinegros subían, ceñidos con el esparto de la penitencia, por la cuesta de Jovellanos y entre los muros del viejo templo, con las manos atadas por la injusticia y el desprecio, un reo esperaba ser conducido a la muerte.

Se tensaban costales y las fajas se apretaban en las cinturas para que una cuadrilla costalera, valiente y con el corazón sobre los costales, desafiara los retos del espacio y pusiera a su Cristo Cautivo en la calle, tras salir por la incomprensible puerta de la Merced.

¡Y Ayamonte se quedó cautiva en su mirada!

¡Cuánto perdón y cuanta misericordia bajaban por el cordón de su túnica!
¡Cuanta humildad en su espalda encorvada por el peso de la soledad y el abandono!

Una brisa salada que subía de los esteros movía con delicadeza su túnica. Las gaviotas de las orillas fueron coronándolo de ternura. Y en ese momento, el Pregonero puso sobre su paso a tantos presos que sufren la condena de una sociedad que no comprende el dolor humano; presos de las cárceles porque no encontraron las manos de un hermano que los sacara del fango; presos de una droga que destruye su vida lentamente; presos del racismo y de la incomprensión de nosotros, los que nos creemos cristianos por el simple hecho de vestir una túnica nazarena.

¡Por ellos, Cristo Cautivo, sal a la calle este Lunes Santo!

¡ Sal para gritarnos a los cristianos nuestra hipocresía y nuestra falsedad!

¡Sal, Señor, para escribir en la arena nuestra falta de caridad con los cautivos como tu!

¡Señor, ¿ quién podrá mirarte este Lunes Santo a la cara, si antes hemos despreciado a nuestro hermano pobre porque apesta, porque nos contagia, porque no es de nuestra clase?

¡Dinos, Señor, ¿Quién podrá mirarte a la cara?

Cautiva queda la noche
al bajar por Jovellanos.
Atada lleva sus manos
y en su boca ni un reproche.
La luna con su derroche
le va dejando su manto

y en su divino quebranto
es cautivo de la pena.
¡Cristo de cara tan buena
la tarde del Lunes Santo!

La tarde del Lunes Santo,
tarde de cal mercedaria,
tarde que se arde en plegarias
por las cuerdas del esparto.
Al verte, Señor, me espanto
de mi miseria y pobreza.
No vuelva, Señor, no vuelva
tu mirada a mi mirada
y dame tu paz soñada
al cruzar la Calle Huelva.

No vuelvas, Señor, no vuelva
tu amor, al ver mi desprecio.
Mi Cristo cautivo y preso
que humillas con tu presencia
Enriquece mi pobreza
con tu dulzura callada
Y con mis manos cansadas
yo siempre seré testigo
de que Ayamonte es cautivo
de la luz de tu mirada.

Y cuando ya las sombras habían vestido al Guadiana con la túnica del Lunes
Santo, la Buena Muerte de Cristo se palpita en el aire salobre de la noche

¡Que grande ha sido tu muerte, Cristo de la Buena Muerte, porque en ella y en la
plenitud de tu agonía, los cofrades de Ayamonte hemos encontrado la vida!

¡Cristo de la Buena Muerte, camino entre el hombre y Dios por la senda sagrada
de tu costado abierto donde cabe todo el dolor humano!

¡No quisiste cerrar tu costado, Señor, tenía que permanecer abierto, para que
dentro de él se refugiara la fe de los que ciñen el esparto!

¡Danos, Cristo de la Buena Muerte, la buena muerte de cada día. La buena muerte a nuestro egoísmo, a nuestra incoherencia, a nuestra hipocresía, a nuestra falta de fe!

¡Y danos la vida, Señor, la vida de los que nacen en tu costado abierto, para que con esa vida y ciñéndonos el esparto de tu Evangelio, podamos caminar por los tramos de nuestros días, llevando el cirio de la luz y del perdón. !

¡Pateros y fijadores quieren dormir en tu muerte!

¡El crujir de la zambrana se desangra en tu presencia!

Y de costero a costero,
sobre los pies, sin moverte,
vas derramando a tu paso
el pan de la Buena Muerte.
El pan de la Buena Muerte
que es pan de la Nueva Vida,
por Ayamonte convida
a seguirte y a tenerte.

Cristo de mirada inerte.
dame Señor tu costado
para sentirme colmado
y en tus tramos nazarenos,
ir con mi esparto sereno
el Lunes Santo a tu lado.

Dame, Señor, tu costado
Al pasar la Casa Grande,
Deja, Señor, que se encalme
Mi corazón sin medidas.
¡Sé tu mi Samaritano
al cruzar por la Avenida,
para que amando tu muerte
pueda vivir en tu vida!

Y la Buena Muerte de Cristo dejó a su paso el rezar de Cincuenta Avemarías que convirtió la tarde penitente en la mañana nazarena de la Anunciación.

Y Gabriel, el Angel mensajero de Dios, revoloteando por la torre mercedaria la llamo Llena de Gracia en un Rosario de Salves que hizo temblar de alabanza los doce varales de su palio.

¡Salve, Espejo de Justicia, porque en tu mirada se refleja la mirada cautiva de Dios!

Salve, Causa de nuestra Alegría, porque entendiste que la Buena Muerte de Cristo es causa de alegría para los hombres!

¡Salve, Arca de la Alianza, porque durante nueve meses custodiaste en tu seno a Cristo, nueva alianza de salvación!

¡Salve, Consoladora de los afligidos, porque tus manos son las manos del Cautivo, fuente de la que mana el consuelo para todos los sufrimientos. !

¡Y Salve, Reina del Santo Rosario, porque dentro de tus Quince Misterios se esconde, como en un Sagrario labrado por los ángeles, toda la presencia de Dios en la historia del hombre!

Y la pena de la Virgen del Rosario, recogiendo en su pañuelo de encajes la letanía de amor que le deja el Lunes Santo, desgrana sus ultimas Avemarías sobre los pies de su gente buena de abajo.

A la voz del capataz,
Felipe Hidalgo se empina.
Doce varales reclinan
Su cadencia y su compás.
¡Valientes! ¡La izquierda atrás!
¡Que se llamen los pateros!
¡Que no hay más grande verdad
cuando se entrega sin mas
un corazón costalero!

¡Fijadores, menos paso!
¡Llevala sobre los pies!
¡Que no se caiga el clavel
que le va besando el manto!

¡Sobre los pies!
¡Menos paso!
¡Que la esta viendo la Luna
y es más guapa que ninguna

la Reina del Lunes Santo!

¡Costaleros, sin descanso!
¡Que una sola chicotá
quiere acercarla al altar
entre sus muros tan blancos!

¡Ole la gente de abajo!
Que un Rosario de consuelo
Va prendido en su pañuelo
Y en la plata de su llanto.

¡Costaleros, sin descanso!
Que ya le dijo la luna:
¡Va más guapa que ninguna
la Reina del Lunes Santo!
Y lleva ceñido el manto
en su talle de sagrario.
¡Que bendito relicario
el que Ayamonte venera
cuando va por la Ribera
esa Virgen del Rosario!

Bandera

*Todo un verde Guadiana manaba de su costado
Causa de nuestra esperanza.*

Y mientras Ayamonte desgranaba las cuentas del Rosario , sintió en el fondo de su alma el golpe seco de una Lanzada que le partió en dos el corazón.

Y del costado del Cristo de las Aguas, desplome desde la Cruz para estar mas cerca de la miseria humana, manó la sangre redentora y el agua viva que abrió los caños y los esteros, anego de mareas el Guadiana, hizo brotar los pozos y lleno las aljibes como torrente purificador para calmar la sed de los hombres.

Los ángeles seráficos volando sobre el aire impregnado de salmuera, bajaron hasta el viejo cenobio franciscano para recoger con el cáliz de plata de la fe cofrade, la sangre y el agua de su costado abierto y depositándolo entre las manos del Buen Fin de una madre, lo elevaron hasta la inmensidad de Dios como prueba de su entrega absoluta.

Y el Cristo de las Aguas, en la humillación de su cabeza hundida, lanza hasta los cielos del Martes Santo un grito de denuncia que hace temblar nuestra conciencia y nuestro compromiso:

Cofrades de mi Iglesia ¿lleváis en una mano el cirio blanco de la luz y en la otra la lanza que destroza el corazón de tu hermano!

Nazarenos de Ayamonte ¿ lleváis en una mano la bandera concepcionista de mi madre y en la otra la esponja que me da a beber vinagre?

Hermanos de la Lanzada ¿lleváis en vuestro corazón un Longinos para herir el corazón de los que te rodean mientras bendecid mi nombre santo?

Ha llegado el tiempo de la conversión, dice el Cristo de las Aguas, de mi costado esta manando el agua viva que llenara tu vida del Evangelio, para que allí, donde

Longinos me dejo la herida, vosotros, con vuestra caridad, pongáis el bálsamo que alivie mis dolores.

¡Venid y bebed el agua de mi salvación!

¡Venid, Cofrades de Ayamonte, venid a mi costado sangrando porque en él encontrareis refugio en vuestras debilidades!

¡Venid en los momentos difíciles de vuestra vida porque en el esta la luz que iluminara vuestros pasos!

¡Venid a mí, en la tarde del Martes Santo, porque en mi encontrareis la misericordia!

¡Cristo de las Aguas, ven
con tu costado manando,
dame tu pecho sangrando
porque me muero de sed !
Cristo de las Aguas, ven
con tu calvario de pena,
donde con paz nazarena,
al revirar las esquinas
junto a tu Cruz se reclinan
San Juan y la Magdalena.

¡Cristo de las Aguas, ven
por tu dintel franciscano,
tiéndeme, Señor, tu mano
y dame tú de beber!
Cristo de las Aguas, ven
no esperes a la mañana
que mi corazón se sana
cuando al mirar tu costado,
están manando a tu lado
las Aguas del Guadiana.

¡Cristo de las Aguas, ven
con las Aguas de tu herida,
dame la marea crecida
que apague, Señor, mi sed.

Cristo de las Aguas, ven
clávame, Señor, tu lanza,
para que abriendo en bonanza
el mar de mi alma vencida
pueda brotar de mi herida
el verde de tu Esperanza.

Y cuando la sangre derramada había apagado la sed de sus cofrades, un verde de
esperanza arribo hasta las orillas de la Punta y echo anclas en el corazón de los
que huelen a sal.

¡Esperanza nuestra! Ancla que nos amarra a la fe de Cristo sin miedo a los vientos
de vendavales.

¡Esperanza nuestra! Virgen de mares y de cubierta, de rastros y de redes, de faro y de bonanza.

¡Esperanza nuestra! Galeón que arribando el Guadiana lleva sobre su puente el amor del Cristo de las Aguas.

¡Esperanza nuestra! ¡Que no nos falte nunca tu nombre Virgen bendita del Martes Santo! ¡Que no nos falte nunca tu divina esperanza porque si algún día nos faltara, el barco de nuestra vida se iría a pique!

Y de babor a estribor, sobre un mar de capas rojas, navega el Martes Santo la Esperanza!. Su puerto, un templo franciscano que quiso ser colombino. Su rumbo, una carta de navegación escrita sobre las paredes blancas de la Barranca. Su timonel, un capataz que la llama. Su tripulación, corazones costaleros agarrados al remo de sus trabajaderas. Su proa, la Tribuna. Su popa, La Villa, y su destino, las costas azules del alma de Ayamonte para derramar en ellas su bagaje de bendición.

¡Suelta los cabos, cofrade de la Lanzada!

¡Tensa las velas de tu devoción y de tu sentimientos!

¡Tira el lastre de tu egoísmo y de tu desconfianza!

Y pon proa hacia el costado del Cristo de las Aguas en ese barco de Esperanza que es el amor de sus hijos!

¡Avante claro, cofrades del Martes Santo!

Y de babor a estribor,
El Martes Santo en bonanza,
Bota un barco la esperanza
Llevando por norte a Dios.

Por capitana, una Virgen.
Un manto, vela mayor.
En la proa un llamador
Y San Francisco, su origen.

Incienso y cera, su carga,

Por remos, candelaria,
Por brújula, estrella y guía
A su Cristo de las Aguas.

Por trinquetes, los ciriales.
Por mascarón, su peana.
Por tripulación, las ganas
Y el amor de sus costales.

Por carta, respiraderos
Mecidos al son de las olas.
Dos candelabros de cola
La popa de su velero.

Tenga feliz singladura
Ese barco y su bandera.
¡Ponle proa a la Ribera
y atrácalo en la Laguna!

¡Ya navega la Barranca!
¡Avante claro, costero!
¡Que ahí va el barco marinero
que ha botado la Esperanza!

Tercer Tramo

El dogma de la Laguna fue de tu Pasión el llanto.

Paloma blanca de Paz

El ángel cofrade, acunándome sobre sus alas, me lleva, en la tarde del Miércoles Santo, hasta el señero templo de Ayamonte, construido junto al viejo baluarte de las Angustias.

Una Cruz de Guía, repujada en plata y llevada por un nazareno blanco, anunciaba que un hombre inocente iba a ser conducido hasta el Calvario y con una túnica morada de terciopelo antiguo, sobre un valle de lirios azules que le besaban sus pies desnudos, comenzó su caminar cansado llevando sobre los hombros tu cruz y mi cruz.

¡Tu cruz y mi cruz! ¡Cuánto peso para el Cristo de Pasión y cuanta libertad para el hombre sabiendo que sobre sus hombros doloridos podemos descargar todos nuestros sufrimientos.

Las murallas del baluarte derramaron sus piedras para que en ellas descansara su Cruz.

Un sueño de estibaos del muelle, despiertos de su letargo de sal y tiempo, corrieron a su encuentro ofreciendo sus hombros para aliviar su peso.

Las Hermanas de la Cruz, dejando su tarima de penitencia, abrieron sus manos consagradas para que fueran manos de Cirineo.

Pero el Cristo de Pasión quiso llevar solo su Cruz, ofreciéndosela al Padre y al Espíritu como ofrenda trinitaria por todos aquellos que soportan solos su Cruz.

¡Cristo de Pasión, no abandones a Ayamonte!

¡Bendice desde tu dolor a sus calles y plazas, a sus esquinas y a sus templos, a su historia y a su futuro!

¡No dejes que Ayamonte se separe de tu cruz, muéstrasela cada Miércoles Santo con todo su misterio de salvación a cuestras!

Porque solo Tu Cruz es el verdadero camino del Cofrade y en el único que su túnica blanca vera colmada tu gracia

.....

Cuando el Nazareno del Miércoles Santo, tu bendito Cristo de Pasión, acaricia los arriates de la Laguna, una sombra inmaculista limpia la sangre de su rostro de Dios.

La que fue Concebida sin mancha, la que fue Llena de Gracia desde sus orígenes, mira de frente a su hijo dolorido y un dialogo de amor y de ternura eleva hasta los cielos el trinar de los pájaros.

La noche se hizo callada
y se rompió el corazón,
cuando el Cristo de Pasión
habló con la Inmaculada.

La Laguna enamorada
se abrió entre túnicas blancas,
la Concebida sin Mancha
se subió al monte de lirios
para besar el martirio
de quien la lleno de gracia.

Una vez mas, Madre,
al verte
siento mi dolor calmado
y pienso mas en quererte.
Una vez mas, Madre,
al verte
siento que mi Encarnación
hizo aun tu Concepción
mas divina y más celeste,
dijo el Cristo de Pasión.

Y la Niña de Murillo,
Concebida Inmaculada,
dijo sin decirle nada
en un cantar de suspiros:
Un año he tardado en verte
y aun te quiero recordar,
cuando te quise acunar
en las pajas del pesebre.

¡Y vuelvo de nuevo a verte
cargado con esa Cruz!

¡No seria mejor, Jesús!
¿poder soñarte y tenerte
en ese recuerdo vago,
cuando quisiste esconderte
al ver a los Reyes Magos?

¡Y vuelve de nuevo a verte
caminando hacia el Calvario!

¿No sería mejor sentirte
y abrazarte y besarte,
cuando con poder divino,
en las bodas de Canaan
convertiste el agua en vino?

No llores, Inmaculada,
dijo el Cristo de Pasión.
¡No puedo verte llorando!
¡Que al verte así voy dudando
de mi sagrada misión!

No llores, Inmaculada.
Tu que siempre has confiado,
quédate ahora a mi lado
en la Paz de tu mirada.

No llores, Inmaculada.
¡Se cumplirá lo esperado!

¡El tiempo nuevo ha llegado!
¡Yo a la muerte venceré
y el Domingo volveré
glorioso y resucitado!

Y aquella noche sagrada
fue un dialogo de amor,
que mantuvieron los dos,
Pasión y la Inmaculada.

Porque el Dogma de la Inmaculada viste de celeste y estameña la noche del
Miércoles Santo, las damas de noche y los jazmines se ponen su toca blanca de
novicia y una bandada de palomas con ramos de olivos entre sus picos elevan al
cielo los doce varales que, como doce apóstoles, alaban la grandeza de la Reina
de la Paz.

¡Reina de la Paz! Ruega por nosotros.

¡Reina de la Paz! Que se acallen las bombas y cañones y que de los fusiles
salgan pétalos de entendimiento y tolerancia.

¡Reina del Miércoles Santo! Cierra la boca de los intransigentes y de los que no
tienen otra arma de dialogo mas que la muerte.

¡Grita tu Paz, Madre, Gritasela en la cara a los que quieren conseguir unos
absurdos ideales a costa de sangre y de muerte inocente.

.....

Cuando su divino palio comienza a bajar la rampa de las Angustias, con andares
de señorita tímida que estrena una tarde de primavera, ya se escuchan vuelos de
tocas por los corredores del Convento.

El ángel cofrade, hablándole al corazón del Pregonero, le cuenta que cada
Miércoles Santo, la zapatera que se metió a monja, Angelita Guerrero de los
pobres y los necesitados, baja de su cuna de ángeles hasta la comunidad
ayamontina de Hermanas de la Cruz para esperar a la Virgen de la Paz, cuando su
cuadrilla la lleva, sobre la punta de sus pies, hasta las aristas del cielo.

Sor Angela, sentada sobre su sillita de enea, con la cestita de mimbre sobre las
rodillas en la que corta el pan de la sopa para sus hermanos los pobres, le habla a
la Virgen de entrega y de sufrimiento, de Cruz y de penitencia, de hacerse pobre
con los pobres, de sus cucharas de palo, de su tarima en el suelo, de las flores de
sus patios.

Y a la Virgen de la Paz, entre tanto amor derramado, le entra la bendita locura de
meterse a monja, para que haciéndose pobre con los pobres y humilde con los
humildes, poder hacer presente en la tierra el Evangelio predicado con la Cruz a
cuestas por el Cristo de Pasión.

Y un coro de Hermanas de la Cruz, asomando sus cabezas tras la celosía del
cielo, corrieron la voz entre los santos de que:

Dicen que el Miércoles Santo
Cuando la tarde se encalma,
Entre un temblor de pabilos
Y el redoblar de una marcha
Una Virgen bajo palio

Esta hablando con Sor Angela.

La Virgen de la Paz quiere
Hacer los votos de hermana.

Quiere que cubra su cuerpo
falda de estameña parda
y ponerse por calzado,
de esparto las alpargatas.
Cambiar sus respiraderos
por una tarima baja,
donde descansa su cuerpo
cuando la noche ya caiga
y rodear su cintura
con una cuerda muy basta,
con tres nudos que dibujen
los votos que profesara.

Quiere que cubra su pelo
una fina toca blanca,
con sueños de una novicia

que solo a Dios se entregara
porque solo en Dios encuentra
el camino de la gracia.

Quiere que su palio sea
el cielo que cobijara
las calles por donde pase
pidiendo de casa en casa.
Quiere salir en pareja
con su cabecita baja
y si es posible, ella siempre
ser la que vaya callada.

La Virgen de la Paz quiere
hacer los votos de hermana.

Quiere salir al encuentro
del enfermo que la llama,
quiere lavarle su cuerpo
y prepararle la cama,
quiere curar sus heridas

y aljofifarle su casa.

Quiere salir al encuentro
de toda miseria humana.

No quiere ser de este mundo,
solamente a Dios reclama,
para tenerlo en los pobres
y en la soledad callada
de los patios del Convento,
sagrarios de la cal blanca.

Quiere dar a manos llenas
esa caridad que inflama.
No tener horas ni días.
ser de limosna su casa.
Ser de Dios y de los pobres
y ser de la Cruz, Hermana.

Y desde entonces se escucha
aquella leyenda santa:
Que sobre esteras de esparto,
ante su Dios consagrada,
hay una hermana rezando
con cara de Inmaculada

¿Es la Virgen de la Paz?

¡Pregúntaselo a Sor Angela!

Eliminado: ¶

Libro de Reglas

Getsemaní fue Sagrario y la Villa tu patena.

Madre del Salvador.

Y mientras una Salve de cargadores eleva hasta los cielos los gozos y los dolores de María , el Jueves Santo atardece sobre el Salvador como un sagrario abierto que recoge dentro de si toda la oración y toda la duda de Getsemaní, cuando el Cristo del angelito esta orando en la Villa.

¡Los lienzos blancos de cal de las callejas de la Villa se tornan en corporales de fino hilo para recoger su cuerpo consagrado en el ara del sagrario!. Ese cuerpo, que partido y entregado en la ultima cena, se abandona a la voluntad del Padre mientras un ángel le ofrece el cáliz de su generosidad y de su amargura.

¡Tarde de oración y de sagrario! ¡Tarde de Dios verdadero hecho pan para la vida del hombre!

¡Tarde de meditación silente ante la inmensidad del monumento eucarístico como silente fue la plegaria del Cristo de la Oración cuando se acercaba la hora de caer bajo el peso de su Cruz!

Y la Villa, convertida en patena para recoger la sangre que brota de su frente por el miedo ante la Cruz, se hace testigo cada Jueves Santo de un Cristo que fue fiel a su misión de sufrimiento y bebió el cáliz de una amargura que, bajo palio, aletea sus bambalinas al igual que en angelito aletea sus alas al contemplar la obediencia de su Cristo arrodillado.

¡Cofrades del Jueves Santo, vais caminando con vuestro cirio en los tramos del Cristo de la Oración, mientras Dios vivo y verdadero duerme su sueño de amor en el sagrario!

¡Cuánto necesitamos los cofrades de Ayamonte arrodillarnos ante el sagrario al igual que el Cristo del Angelito se arrodilla en el Alto de la Villa!

¡Cuánto necesitamos los cofrades de Ayamonte levantar nuestras manos, como las levanta el Cristo de la Oración y pedir al Padre que no se haga nuestra voluntad sino la suya!

¡De que hablabas, Cristo mío
arrodillado y orante
cuando en la Villa al Instante
se siente un escalofrío!
¡De que hablabas, Cristo mío,
Sí en tu divino perfil,
se siembra un Getsemaní
con mi pecado y mi olvido!
¿Dime, Señor, de que hablabas?
¿Hablabas de mis afrentas
o hablabas de tu perdón?
¡Quita mi duda, señor,
porque al verte arrodillado
hasta de miedo ha temblado
la torre del Salvador!

Dime, Señor, ¿dónde estas?
Si en Getsemaní rendido
O en el sagrario dormido

Con sueños de libertad.
Dime, Señor, ¿dónde estas?
Porque vuela un angelito
Y a mí me esta ahogando un grito
Al verte sangre sudar.

Dime, Señor ¿Dónde estas?
¿Estas en mi corazón
o en la angustia de mi vida?
¡Quita mi duda, señor,
porque al ver como te humillas
esta sudando la Villa
la sangre de tu sudor!

¿Por qué rezabas, Señor,
bajo un olivo postrado,

por todos abandonados
en tu silencio de amor?

¿Por qué rezabas, Señor?
¿Por el miedo a tu dolor
o por romper mi quimera?
¡Quita mi duda, señor,
y llena mi corazón
del fruto de tu oración
cuando llegue a la Ribera.

La tarde del Jueves Santo esta cayendo sobre el Canto la Villa con su olor a pan recién consagrado.

Tramos de nazarenos siguen saliendo por la puerta del Perdón, y apoyando su mano sobre una piedra comienza a caer el amor de Cristo hasta el suelo de la miseria de los hombres.

¡Cristo caído en la tarde del Jueves Santo como testimonio de cercanía a la debilidad humana!

¡Cristo arrastrado por el suelo para comprender al hombre cuando la cruz pesa,
cuando la cruz aplasta, cuando la cruz ya no se soporta!

¡Que cercano estas, Cristo caído de mi barrio alto, a mi pobreza y a mi debilidad,
cayendo entre las piedras de San Mateo como yo caigo en las piedras que da la
vida. !

¡Levántame, Cristo Caído, como tu te levantabas a cada paso!. ¡Levántame hasta
el amor del Padre para que caminando después de cada caída pueda descubrir
que tú eres el único que acepta mi realidad de pecado con la dulzura de tu mirada
cuando atraviesas la puerta del Salvador!

¡Levántame, Cristo Caído y levanta a los Cofrades de Ayamonte sobre los cuatro
zancos de tus cuatro evangelios. Llama, con el llamador de la ternura, a la cuadrilla
de tus ángeles, para que nos lleven en esta larga chicotá hasta entrar en el templo
bendito de tu Reino!

La Villa con su manto
De cal dorada,
Se hace patena blanca de tu mirada.
¡Y en su quebranto
va cayendo mi Cristo
del Jueves Santo!

Bajando por la cuesta
de San Mateo,
Va regando su sangre
De Galileo.
¡Cuanta locura
que ya no es San Mateo
sino Amargura!

Una llaga se hace
Con su caída
Y de esa santa llaga
Mana la vida.
¡Que maravilla
que un beso en esa llaga
pone la Villa!

El pozo de la Villa
Llora de pena
Al ver a Dios tirado
Sobre la arena.

¡Y una veleta
le lanza los quejíos
de una saeta!

Por un monte de lirios
Va caminando
Mientras el Monte Calvario
Se va acercando.
¡Calvario y monte
que Cristo va cayendo
sobre Ayamonte!

Y su caída se hizo eco en un sagrario de doce varales que atesoraba todo el amor de Cristo. Doce varales que sostenían un pedazo de cielo villorro bajo el que el amor de Dios se convertía en alfileres de cabeza blanca para fruncir el rostrillo de la Virgen de la Amargura.

¡Que grande es tu amargura, Madre del Salvador, cuando se hace sagrario para refugiar mi pena!

¡Que grande es tu amargura, Madre de Jesús Caído, cuando recoges entre los pliegues de tu manto la amargura de los desheredados, de los débiles, de los incomprensidos!

¡Madre, ayúdanos cada día a vivir en el sagrario de tu rostrillo de encajes recogiendo la amargura de los que nos rodean.

¡Llámanos a la caridad, Virgen de la Amargura, en la tarde eucarística del Jueves Santo, para que viviendo en caridad con nuestros hermanos, podamos dar el testimonio cofrade dentro de la Iglesia sostenido por tus manos benditas de Madre!

¡Que blanco es tu nombre, madre, y cuanta cal entre sus letras! ¡Nombre de cuevas arribas, de pregones de cal, de hornos encendidos, de macetas en las fachadas!... Por eso, Madre

Cuando te digo Amargura
Tu nombre me sabe a poco.
Tengo que decir cal blanca,

Agüita clara del pozo
Pilar de un rincón con flores
Y sentimientos villorros.
Tengo que decir la torre
De un Salvador que se encalma
En las reatas de mulas
Que vienen tras las Campanas.

Tengo que decir Viriato,
San Sebastián, calle Alta,
Una cuesta en San Mateo
Y en Galdames la plegaria.

Porque al decirte, Amargura,
Tengo que decir la gracia,
De patios blancos de piedras,
De buganvillas y cuadras,
De farolillos de Agosto
Y de Viernes de esperanza.

Porque al decirte Amargura
Tengo que cantar la Salve
De morados cargadores.
Y pregonar las dos varas
Y en la calle de las Flores
Ser novia del Guadiana.

Tengo que decir macetas
Colgadas en las ventanas.
Tropezón y Granaitos.
Pregones de la cal blanca.
Patios de la casa Cuna
Y ropa azules de Hermanas.

Porque al decirte Amargura
Tu nombre suena en mi boca
a esteras secas de junco,
A un aparejo, una alforja,
A un "arre mulo que es tarde"
A una parra y a una sombra.

Así es tu nombre Amargura
¡Mira si lo sé de sobra!,
que al llegar el Jueves santo
un ángel va pregonando
y en su pregón va rezando
la gracia de tu hermosura:
¡Que Dios escribió la Villa
donde yo dije Amargura”

Cuarto Tramo

Se rompió la madrugada en reflejos nazarenos.

Socorro de los que imploran

Y cuando la tarde eucarística va dejando paso a una madrugada penitente, el corazón de Ayamonte se pone de pies en el alto la Villa para que todo el peso de la tradición caiga sobre las entretelas de su alma.

¡Madrugada santa de la Villa en la que la emoción ahoga las gargantas a la espera del sagrado momento, en el que el Señor de Ayamonte, el bendito villorro de la llaga abierta, salga en su andadura penitente para bajar hasta los miradores y las charangas!

¡Madrugada santa de Ayamonte en la que todo el sentir, toda la fe, todas las suplicas y todos los recuerdos de tu vida se van a hacer carne en el rostro llagado del mas Santo de la Villa cuando su sombra bendita se refleje en las paredes del Socorro!

¡Y no lo dudes, Ayamontino, cuando llegue ese momento ,no lo dudes. Lleva tu mirada hasta el barrio alto, abre en tu alma un hueco a la esperanza, coge la cruz de tu vida y de tu historia y vente

¡A la Villa, ayamontino!
¡A la Villa. !
Que en los muros del Socorro
al llegar la madrugada
con su túnica morada
té esta esperando un Villorro.

¡A la Villa, ayamontino. !
Que ya van a dar las dos
y al sonar de las horquetas
ha clavado su veleta
la torre del Salvador.

¡A la Villa, ayamontino!
Que en la Villa esta la gloria
y en la gloria tu destino,
que allí se parte tu historia
en corazón sin rodeos
y eres mas ayamontino
por la calle San Mateo.

¡A la Villa, ayamontino!
Que esta más guapa la pena
y bajo palio se llena
de la luz de su capilla,
y aunque prendida en dolores
sale a derramar amores
el Socorro de la Villa.

¡A la Villa, ayamontino!
¡A la Villa ¡
Que los costeros se asoman
y en tus hombros se limitan
las alas de una paloma
por dar una pegaíta.

¡A la Villa, ayamontino!
Que ya ha entrado la Amargura
y como tu bien lo sabes,
se hace santa la blancura
y en Galdames no se cabe.

¡A la Villa, ayamontino!

¡A la Villa. !
¡Que ya la Villa te llama!
¡Que su llaga esta sangrando. !
¡Son las dos de la mañana
cuando lo besa la luna.
¡Mira si puede, apretando,
llegar a la Casa Cuna!

¡A la Villa, ayamontino!
¡A la Villa!
¡Por los albores del gozo

en ese bendito encuentro!
¡Que ya se acerca el momento
y la gente llega al Pozo!

¡A la Villa, ayamontino. !
¡A la Villa!
Donde tu fe se arrodilla,
donde tu fe es horizonte
donde tu pierdes la "vía"
por el Señor de Ayamonte (1)

(1) Inspirada en la poesía " A la gloria, sevillano. Carlos Herrera. Pregón 2001

¡A la Villa, ayamontino, donde un arca de amor guarda el tesoro mas santo de
Ayamonte!

¡A la Villa, ayamontino, que la Amargura lo espera para limpiar la sangre de su
llaga con la blonda plateada de su colero!

¡Noche de saetas y de plegarias!

¡Noche de cargadores y de horquetas!

¡Noche de corona de espinas y de promesas!

¡Noche de Dios en el alma ayamontina porque es Dios, en su divina madera, el
que derrama su Cruz sobre Ayamonte!

¡Padre Jesús de la Villa, Padre Jesús de Ayamonte, Padre Jesús nuestro, porque
en Él y en su mirada de padre vamos escribiendo nuestro presente y nuestro
futuro!

¡Por San Mateo descarga el peso de su amargura!

¡En San Francisco es un barco al que lleva la marea!

¡Por el Convento recoge la oración y la plegaria!

¡El Cristo de la Guadaña le ofrece nueva remuda!

¡En las Angustias lo llama todo el amor de una Virgen!

¡Que grande es la madrugada cuando Ayamonte la llora!

Y ya se va de la Villa
¡Dios mío, que escalofrío
que una cruz lo esta esperando
en la rivera del río!

¿Dónde vas, Cordero Manso
si Judas té esta buscando
y en las Angustias esperando
para darte un beso falso?

¿Dónde vas, Padre Jesús
Sí en la calle Jovellanos,
la muerte le da la mano
a la sombra de tu cruz

¿Por qué te vas de la Villa?
¿Por qué baja a la Rivera?
Si esta noche es traicionera
De denuncias y rencillas.

Padre Jesús no se para,
Sigue camino adelante,
Pero la Villa al instante
Levanta su voz tan clara:
¡Dejad que lleve su Cruz

y la siembre en la Ribera
porque ella es merecedera
de que derrame su luz!
¡Dejad que lleve la Cruz
que la Villa va a sus plantas!
¡Y si para hacerle afrenta,
alguien su mano levanta,
juro por la noche santa,
la Villa lo tendrá en cuenta!

La noche avanza dejando
su manto de penitencia
y el Señor con su cadencia
descalzo sigue avanzando.
Un ángel va señalando
de la Angustia, su destierro.
Como villorro me aferro
a su temblor de rocío
cuando ve su cuerpo frío
en urna de Santo Entierro.

¡Que la Villa va a tus plantas
Señor, no temas a nada!
Que pasó la madrugada
y la Villa te levanta.
Sigue llevando tu carga
hasta los pies del Socorro,
que la Villa dice a corro:
¡Tu no morirás, Dios mío,
mientras le quede un "latío"
al corazón de un villorro.

Y a deshora de la noche los corazones villorros se funden en el crisol de plata de
los varales de la Virgen del Socorro.

Y a esas horas de la noche, a deshora, va María por Ayamonte. En esas horas de
la madrugada en las que se escuchaba la campanilla del Torno para recoger una
vergüenza tapada, una soledad hecha vida, un desamor, un olvido, una pobreza...

Va María a esas horas de la noche con el torno de su pecho abierto para recoger
nuestra debilidad, nuestro hastío de la vida, nuestro miedo, nuestra
impotencia...En su pecho, refugiados y tranquilos, nunca seremos huérfanos como
huérfanos no fueron tantas generaciones de niños que tuvieron el calor de las Hijas
de la Caridad en la frialdad de las noches de la Casa Cuna.

¡Socorro de la Villa, Socorro de madre, Socorro de Dios!

¡Cuánto necesitamos tu socorro, Virgen del sollozo contenido, en los momentos duros de nuestra vida. !

¡Derrama tu socorro, Virgen de madrugadas dolientes, para que nos cobije entre la cera gastada de tu candelería cuando de vuelta a la Villa, los pabilos están cansados de alumbrarte tanto!

¡No olvides, Madre, recoger nuestro dolor entre tus manos consagradas de patena divina y llevarlo hasta la Cruz de Padre Jesús, para que le dé sentido a la nuestra. !

¿¡Por que tienes un puchero,
Socorro de madre buena,
si es tan bonita tu pena,
que hasta reírme yo quiero!?
mi corazón, mensajero
de mi vida y sentimientos,
quiere decirte al momento
en que mi alma se arrodilla:
¡Que esta mas santa la Villa
con tu puchero por dentro!

¿¡Quien puso, Madre, el puchero
que en tu boca se adivina!?
¿¡Lo hicieron las golondrinas
bajo azul de terciopelo!?
¿O te lo puso el consuelo
cuando llorar no podías!
¡Dímelo tu, Madre mía!
Que es más grande tu puchero
cuando te lo pinta el cielo
con las claritas del día!

Que mala noche has pasado
y ya subes por Galdames,
deja que mi alma derrame
toda la aurora a tu lado.
¡Déjame seguir anclado
en tu palio de luceros!
¡Déjame subir al cielo

en la Villa de tu nave,
que solo la Villa sabe
el porqué de tu puchero!

Estandarte

*El baluarte fue madre y la Ribera sudario.
Madre Dolorosa.*

El Viernes Santo en la Laguna va atardeciendo en el misterio de una muerte anunciada. Las sabanas de sal se extienden por las bajamares purificándose para recoger tan divino cuerpo. Cristo va a ser descendido de la Cruz en un baluarte con nombre de Virgen y Ella, en la soledad de su camarín, reclina su rodilla para que repose su cuerpo muerto de Dios.

Porque después de su muerte, cuando su cuerpo colgaba sin vida de la Cruz, todo el clamor de la tarde descendió su cuerpo maltratado. Cristo, descendido de la Cruz por el amor de un pueblo que ha seguido sus pasos por el camino del Calvario y no descansa hasta ver su cuerpo en la urna neogótica de su sepulcro.

La Quinta Angustia de María mira absorta su cuerpo descendido. José de Arimatea y Nicodemo descienden, con las sabanas de sal, su cuerpo de la Cruz hasta la tierra.

San Juan mira al Maestro tras los respiraderos de las lagrimas,
y María Magdalena, hundida y humillada, no cesa en su oración de
arrepentimiento.

El dintel de las Angustia se eleva hasta los cielos para que salga tan divino
misterio.

Tramos de nazarenos abanderados de la caridad derraman su cera roja de amor al
sacramento,

y como en una tarde de otra Cuaresma pasada, El Pregonero repite de nuevo que “Alabado sea Jesús Sacramentado” porque descendió desde la Cruz para predicar al mundo que la Cruz no era el final de la historia, sino solo un paso para entrar en esa resurrección que se adivina cercana.

Pero ¿Quién desciende a Cristo en Ayamonte sino la fuerza y el coraje de corazones costaleros que son capaces de levantarse hasta la Cruz?

Pero ¿Quiénes desciende a Cristo en Ayamonte sino los cuellos sangrantes que cobijan las morcillas porque ellos son portadores del misterio más grande?

Hermanos costaleros, el Cristo del descendimiento os llama y nos llama a todos a descenderle cada día en nuestro hermano que sigue clavado en la Cruz del sufrimiento y a descenderle con el costal de la generosidad, con la faja del desprendimiento, con la fuerza de la caridad.

¿Quién te desciende, Señor,
de tu cruz de sufrimiento?
¡Si en este momento siento
que no eres hombre ni Dios!
Ya se acabo tu dolor
y la tarde esta serena.
¡Como me embarga la pena
y quiero Señor bajarte
a los pies del baluarte.
Dice María Magdalena.

Dice María Magdalena
mientras San Juan le responde:
Ahora no es Dios, solo hombre
de carne y piel nazarena.
Y es todo esperanza llena,
y es el camino y sendero
y es para amar el primero
aunque este muerto y vencido
¡Pero viene descendido
por sesenta costaleros!

¡Por sesenta costaleros

al pie de la Quinta Angustia,
cuando la tarde se mustia
y se oscurecen los cielos.
La Quinta Angustia en su celo
dice mirando hasta el monte

Calvario de su horizonte:
¡Dios bendiga con locura
el coraje y la bravura
de un costal por Ayamonte.

Y una vez descendido, Cristo fue depositado en una urna de pan de oro para
manifestar, por primera vez a Ayamonte, que todo se había consumado.

El Cordero de Dios ha muerto. El que era toda vida esta yacente sin vida, inerte,
frío.

Tras su urna, bajo palio, el Mayor Dolor de una Madre va recogiendo, cirio a cirio,
flor a flor, todos los frutos de su muerte.

¡Virgen del Mayor Dolor! Lirio bendito de las orillas en la tarde agonizante del
Viernes Santo.

¡Virgen del Mayor Dolor!. Biznaga de jazmines que cobija la pena en el oleaje de tu
rostrillo blanco.

¡Virgen del Mayor Dolor!. Ensartada de azahares a los pies de tu Pura y Limpia
Concepción!

¡Virgen del Mayor Dolor! ¡Mayor Dolor de una Madre!

¡Madres de Ayamonte, en ella tenéis el espejo para superar el dolor! ¡En Ella tenéis
el camino de la esperanza para entender vuestra vida cuando os derribe el mayor
dolor de una madre, que no es otro que el mayor dolor de un hijo!

¡Ella entendió el mayor dolor desde la cruz, vosotras tenéis que entenderlo desde
Ella!

¡Virgen y Madre de Cristo muerto!. Bendice en esta mañana de Domingo de Señas
a tantas madres de Ayamonte que han vivido tu mayor dolor y lo han vivido al pie
de la cama de un hospital, al pie de una ambulancia en una carretera cualquiera, al
pie de la sala de visitas de una cárcel, al pie de una jeringuilla de heroína, en
definitiva, al pie de la Cruz.

Y bendice a tantas madres que cuentan las horas de su soledad en la Residencia de Ancianos; madres a las que han pagado con moneda de desprecio y están viendo pasar los últimos días de su vida mendigando el amor que tanto habían sembrado

Que esa cruz que tu hijo descendido puso en la vida de ellas, Tu, por tu intercesión mediadora, puedas cobijarla bajo tu paso de palio y mecerla, al son de Campanilleros, hasta llevarla a la gloria.

¡Vamos contigo hasta el cielo, Madre!

¡Por las madres que están aquí en la tierra y por las que están contigo en el cielo!

¡Por todas las madres de Ayamonte!

¡Al cielo con Ella!

¡Doce varales se elevan
hasta la torre más torre
que da sombra a las palmeras!

¡Doce varales se elevan
sobre los respiraderos
y quieren tocar el cielo
para traerte, Señora,
toda la luz que atesora
Ayamonte y sus esteros!

¡Dame, Madre, tu pañuelo
hecho de blanco azahar.
Déjame, Madre, mirar
de tus mejillas el candor
¡Dame tu Mayor Dolor
y déjame caminar

Y déjame caminar
cuando se oscurece el cielo.
¡Déjame ser costalero
y agarrado a la zambrana
meciéndote en una nana

ir de costero a costero!

¡Déjame ser un te quiero,
Virgen del Mayor Dolor,
déjame pintar tu amor
por el verde del sendero!
Déjame ser el patero
con mi espalda costalera
y al llegar la primavera
ser de tu palio la flor,
para llevar tu dolor
por la sal de la Ribera.

Quinto Tramo

*En pobreza franciscana fue verdadera tu Cruz
¡Virgen de la Soledad!*

Y si Cristo ya ha muerto en las Angustias, en el viejo convento de San Francisco, donde las florecillas del pobrecito de Asís aun siguen impregnando el recreo de los frailes, Cristo sigue pendiente de su Verdadera Cruz, exhalando los últimos suspiros de su agonía.

Todo el señorío y la nobleza de la Casa de Zúñiga renueva cada Viernes Santo sus votos de fidelidad a la Verdadera Cruz de Cristo, para que en esta noche franciscana se bendiga y se alabe el madero de la Redención, victoria de la vida sobre la muerte.

¡El patio de la Jabonería enmudece en su poesía de arriates!

¡El palacio del Marques desangra ante su Cruz los blasones de hidalguía!

y el Guadiana, escabel para sus pies sangrantes, se acerca en una marea crecida hasta el convento seráfico, para besar las astillas de la Verdadera Cruz.

¡Cristo de la Vera + Cruz! Enséñanos a conocer la cruz. Abre, Señor, el corazón de tus cofrades para entender cual es nuestra verdadera cruz como camino de salvación y de vida!

Y poniendo el Pregonero en sus labios las palabras de San Francisco, se dirige hasta ti, Señor, en oración por la paz:

Señor de la Vera+Cruz. Hazno a los cofrades de Ayamonte instrumento de tu paz.

Que allí donde exista el odio entre los seres humanos pongamos el amor de tus brazos abiertos.

Que allí donde haya ofensa, pongamos el perdón en la dimensión de la Cruz.

Que donde haya discordia, pongamos la armonía de nuestra caridad.

Que donde haya error porque nos quedemos solamente en tu imagen, pongamos la verdad de que tú eres el Hijo de Dios vivo y verdadero.

Donde haya duda de que Tu te entregaste a la Cruz por amor a los hombres, pongamos la fe que protestamos en nuestras Reglas.

Donde haya desesperanza, pongamos la esperanza de nuestros antifaces verdes.

Donde haya tinieblas, pongamos la luz de tus candelabros de guardabrisas.

¡Cristo de la Vera+Cruz! Danos el don de la caridad, para no ser consolados, sino consolar; no ser comprendidos, sino comprender; no ser amados, sino amar.

Que nosotros, los cofrades de Ayamonte, abramos nuestra vida a la entrega y al perdón, para que muriendo contigo en tu Verdadera Cruz, resucitemos también contigo al final de nuestra estación de penitencia.

Cristo de la Vera+Cruz,
único Dios verdadero,
abre, Señor, el sendero,
para llegar a tu Cruz.
Muéstranos, Señor, la luz
de la sangre que derramas
y al despuntar la mañana
enséñame a caminar
en pobreza y humildad
por la senda franciscana.

Dime, Señor, si eres tu
el que clavado me espera,
en esa Cruz de madera
que es tu Verdadera Cruz.

No apartes, Señor Jesús,
tu Cruz de mi cruz doliente,
para que viendo de frente,
tu caridad y tu entrega,
pueda seguir tu vereda,
en mi estación penitente.

Tiéndeme, Señor, tu mano
para que amando tu amor,
pueda seguirte, mi Dios,
con el guión franciscano.
Dime, Señor, en que tramo
puedo caminar sin verte.
Déjame, Señor, quererte
con seráfica locura.
¡Dame, Señor, con ternura
la Vera+Cruz de tu muerte!

Y tras de ti, Cristo de la Vera+Cruz, muerto y yacente en el sepulcro que muestra a Ayamonte por segunda vez tu muerte, se acerca una brisa de azahares, un rumor de alas de ángeles, una anunciación gloriosa y una coronación trinitaria que deja a la noche del Viernes Santo prendida en el talle de una Virgen Soleana.

¡Soledad! ¡Deja que llene mis labios con tu nombre y te proclame la Salve desde el corazón de la Iglesia!

Y que :

Dios té Salve, Virgen de la Soledad. Reina coronada por los ángeles en reconocimiento a tu intercesión y a tu misericordia.

Vida, dulzura y esperanza por la senda del Pobrecito de Asís y por el camino de la evangelización de los pueblos.

Dios té Salve, Virgen de la Soledad, Porque hasta ti levantamos nuestro clamor en este camino de destierro bajo el antifaz verde de nuestra penitencia. Porque hasta ti suspiramos en el valle de lagrimas de tus ojos, para que recojas en tu pañuelo nuestras lagrimas y nuestros sueños.

Vuelve tu mirada, Virgen soleana, en una revira de costaleros, hasta la pobreza de tus hijos, para que mirándose en la misericordia de tus ojos, encuentren en ellos tu mensaje de libertad y de compromiso.

Muéstranos, Madre, a tu Cristo de la Vera+Cruz, a ese fruto reservado en el Sagrario de tu vientre y danos la fuerza cada día para hacer lo que El nos diga.

¡Oh Virgen clemente porque escuchaste la voz del Angel!

¡Oh Virgen piadosa, porque entregaste tu vida al evangelio de los pobres!

¡Oh, dulce Virgen de la Soledad, porque tú eres el refugio de nuestras miserias, el remanso de nuestra incoherencia y el arca de la Alianza donde se renueva cada día el amor de Dios.

Ruega por nosotros, Virgen franciscana, para que después de nuestra estación de penitencia, podamos presentar ante la Trinidad, nuestro antifaz verde colmado de esperanza y ser merecedores de dormir en tu regazo de Madre en el paso de palio llevado por los ángeles.

¡Dios té Salve, atardecer en la Plazoleta!

¡Dios té Salve, estero del Guadiana!

¡Dios té Salve, camino de la Villa!

¡Dios té Salve, azahar de los naranjos!

¡Dios té Salve, blasón de la Casa de Zúñiga!

Dios té Salve, espadaña de San Francisco!

y ¡Dios té Salve en la noche del Viernes Santo, porque en esa noche, cuando tu palio se asoma hasta el dintel del convento seráfico sobre las rodillas de tu gente de abajo:

Hay un rumor de campanas
sobre un altar de blancura,
cuando pasa la hermosura
de mi Virgen Soleana.

Ayúdame, soleana,
a ser cirial de tu pena,
a ser varal de tu gracia,
a ser palio de tu almena,
a ser peana de plata
a ser costero y promesa,
a ser rostrillo de encajes,
a ser rosario de perlas,
para poder, soleana,
estar siempre de ti cerca.

Porque yo sé, soleana,
que para estar de ti cerca,
hay que sentirte y llevarte
como la mejor maestra,
como Virgen de los ángeles,
como madre de la Iglesia,
como Dogma Inmaculado,
como luz de los profetas,
como Reina coronada
en los cielos y en la tierra.

Porque eres tu, soleana,
el tallo de una azucena,
un verdear de trigales,
un suspiro de pureza,
un silencio de Custodia
un camino y una senda,
una oración de clausura,
el resplandor de una estrella,
silencio de un Viernes Santo
y de San Francisco Reina.

Por eso yo, soleana,
tengo que seguir tu senda,
tengo que abrazar tu manto,
tengo que quemar tu cera,
tengo que bordar tu saya,
tengo que velar tu espera
tengo que atar tu cintura

de Virgen y Madre Excelsa
con azahares y lirios
de tardes de primavera

Así eres tu, soleana,
para mí la mejor Reina,
la mejor Virgen y Madre,
la más bonita y perfecta
de las criaturas de Dios,
la mas santa, la más buena,
la más humilde y sencilla,
la más guapa nazarena,
la que más sabe del llanto,
La que más guarda la pena.

Porque tú eres, soleana,
arca de plata encendida,
velero del mar abierto,
un vendaval de armonía,
un sagrario que reserva
mi amor, mi muerte y mi vida.
Un corazón traspasado,
el remanso de una orilla,
una gracia en el Paseo.
y una oración en la Villa.

Por eso te coronaron
con corona de nobleza,
como Reina y Soberana
de los cielos y la tierra.

Ciriales

*El sepulcro esta vacío. ¡Ha brotado el agua nueva!
Victoria sobre la muerte*

Pero no guardes tu pena, Virgen de la Soledad.

¡Alégrate, Reina del Cielo. !

¡Alégrate, Virgen de Nazaret! Porque el Cristo Yacente, al que mereciste llevar en tu seno de sagrario, ha resucitado cuando el sol salía sobre la desembocadura y vivo y glorioso se levanta como baluarte defensivo para la fe de Ayamonte.

¡Que se alegre la Iglesia por ti, Cristo Resucitado y que los coros de los ángeles entonen cantos de alabanza!

¡Que el cirio de tu luz arda en nuestro corazón de cofrades, para que con nuestras túnicas blanqueadas en tu sangre, podamos ponerle el mejor manto a la Virgen de la Victoria.

¡Cristo resucitado, Cristo vivo en la fe de tus cofrades y en la esperanza de los que contemplaron tu muerte pero no se quedaron en ella!

Con tu resurrección, Señor, has hecho brotar el agua nueva del Guadiana, has pintado de blanco las esquinas que huelen a salmuera, has echado al vuelo las campanas de todas las torres de Ayamonte y has gritado que no estamos muertos, porque ha resucitado la vida.

El Angel Cofrade llevo por ultima vez al Pregonero, hasta la puerta de las Angustias. Ya las campanas de su torre no estaban mudas, sino repicando en un arrebató de gloria. Una bandada de golondrinas recorrían las plazas y las espadañas anunciando la Buena Noticia. Las Hermanas de la Cruz entonaban el aleluya en sus Salmos de Laudes.

Cristo había resucitado y con él la fe y el compromiso cofrade de Ayamonte.

¡Alégrate, Salud de los enfermos!

¡Alégrate, Reina del santo Rosario!

¡Alégrate, Esperanza del Mar!

¡Alégrate, Paloma de la Paz!

¡Alégrate, Madre del Salvador!

¡Alégrate, Socorro de los que lloran!

¡Alégrate, madre Dolorosa!

porque vuestras lagrimas han sido secadas en el sudario de Cristo resucitado y en la mañana pascual eres la Victoria de la vida sobre la muerte.

¡Virgen Pascual de la Victoria! ¡Virgen del sol que no conoce el ocaso! ¡Virgen del pueblo peregrino de Dios por el desierto al encuentro de las promesas de Cristo!

¡Llévanos, Virgen de la Victoria, durante los cincuenta días de la Pascua hasta la venida del Espíritu santo, para que demos testimonio de nuestra fe cofrade en la Iglesia, con la Iglesia y para la Iglesia

Un ángel mueve sus alas
y una luz blanca se asoma.
Un bandear de palomas
vuelve loca a las campanas.
Todo el amor se derrama
por las lindes de la aurora.
Abre, Cofrade, tu historia,
que Cristo ha resucitado
y va contigo a tu lado
la Virgen de la Victoria.

La Virgen de la Victoria
con la Pascua por colero.
Dos ángeles costaleros

la van llevando a la Gloria.
Su manto blanco enamora
mi caminar de desierto.

¡Que Cristo vive, no ha muerto
y yo he sido rescatado
con su Victoria a mi lado
al ver el sepulcro abierto!

Al ver el sepulcro abierto
con sus clamores de vida.
¡La muerte ha sido vencida!
¡Grítalo, hermano, que es cierto!
¡Cristo esta vivo, no muerto
y ha prometido en tu historia
que subirás a la gloria
con su amor resucitado,
si va contigo a tu lado,
la Virgen de la Victoria.

Llamador

Y con la Victoria de la vida sobre la muerte clareando sobre el cielo azul de la desembocadura, al Pregonero solo le queda pedirle a Dios que llame cuando quiera a su pueblo para levantar su alma e iniciar la chicotá de siete días que, sobre los pies y de costero a costero, lleve su Pasión, su Muerte y su Resurrección a los blasones más altos de esta Muy Noble y Leal ciudad que se mira en el río a través de los ojos de su Virgen de las Angustias.

¡Llama, Señor, cuando quiera,
que Ayamonte ya no aguanta
¡Llama, Señor, con la fuerza
de tu martillo de plata!
Llama, Señor, cuando quieras,
que dos torres te levantan,
bajo faldones morados
junto con dos espadañas.
Cuatro pateros de fe
que saben llevar tu calma,
con la verdad por delante
en una sola llamada.

La Torre del Salvador
del zanco izquierdo es la palma.
La Torre de las Angustias
del derecho, la esperanza
y de pateros traseros
tiene las dos espadañas,
la una de San Francisco,
la otra de Santa Clara.
¡Cuatro torres que te llevan
sobre costales de nácar,
para revirar tu gloria
por las esquinas del alma!

¡Llama, Señor, cuando quieras
que Ayamonte ya no aguanta!

¡Llama, Cristo del Amor ¡
Que los corrientes levantan
la madera que soporta
el amor que se desangra,
bajando por los costales
hasta el negro de la faja.

¡Llama, Cristo mercedario
de la Buena Muerte Santa!
Cristo del costado abierto,
como se abre mi alma,
cuando por la Calle Huelva,
vas racheando alpargatas
y el costero izquierdo para
con menos paso tu barca,
llevando sobre los pies
tu muerte bendita y santa!

¡Llama, Señor, cuando quieras!
¡llama, Cristo de las Aguas
y ve regando tu sangre
por las esquinas saladas!
Llama, que los contraguías
quieren subir la Barranca,
mientras se aprietan costales
y se crujen las zambranas!

¡Llama, Señor, cuando quieras
de la Vera Cruz morada,
que el Viernes Santo se cierra
en pobreza franciscana!
Llama, porque los esteros
quieren mojar tu garganta
y besar tus llagas santas
cuando pisa el costalero.

¡Llama, Señor, cuando quieras
que Ayamonte ya no aguanta!
y ceñida a su cintura
tiene ya su negra faja.
¡Llama, Señor, cuando quieras

porque Ayamonte ya sueña
y en ese sueño se empeña
pintar de blanco el Socorro.
¡Llama, mi Cristo Villorro,
que hoy es Domingo de Señas!

He dicho

